

NADA MÁS  
MARGUERITE  
DURAS

LO QUE LOS MONSTRUOS  
NOS HICIERON  
UNA RESEÑA DE JOSÉ F. GARCÍA GUTIÉRREZ

45° Y SIN AIRE  
ACONDICIONADO  
CARLOS VELÁZQUEZ

NÚM. 454 SÁBADO 08.06.24

# El Cultural

[ SUPLEMENTO DE **LA RAZÓN** • NUEVA ÉPOCA ]



## LUISA Y LA TORMENTA

BERNARDO ESQUINCA

QUE NO TE MUERDA  
UN PERRO EN DOMINGO

ROGELIO GARZA

NUEVAS  
CORAZONADAS

ANA CLAVEL

Arte digital > A partir de una fotografía  
de Freepik > Luis de la Fuente > La Razón

Bernardo Esquinca es autor de *Belleza roja* y la trilogía del terror: *Los niños de Paja*, *Demonia* y *Mar Negro*, así como de la *Saga Casasola*: *La octava plaga*, *Toda la sangre*, *Carne de ataúd* e *Inframundo*. Su más reciente libro es la novela *Necropolitana* (Almadía 2022). En esta ocasión, Esquinca nos ofrece un relato donde la mente del narrador le juega una mala pasada en lo que parecería un sencillo viaje de pareja a la playa.



# LUISA Y LA TORMENTA

BERNARDO ESQUINCA

No vas a creer lo que sucedió. Fui invitado a escribir un texto para una antología de cuentos, basados en un hotel de playa. El lugar, llamado Lo Sereno, se localizaba en el pueblo de Troncoso, a treinta kilómetros de Zihuatanejo. Por las imágenes que me mandó Sebastián, el coordinador del proyecto, se veía que era un lugar paradisíaco, apartado de la civilización, rodeado de montañas. Lo único que tenía que hacer era pasar cuatro días y tres noches en dicho hotel, y escribir lo que se me diera la gana, utilizando el entorno como inspiración. Los gastos de transporte y comidas corrían por cuenta del dueño, así que el plan resultaba atractivo.

Sin embargo, había algo que me inquietaba. Acababa de divorciarme de mi segunda esposa. Aunque la experiencia de mi separación anterior me había dado perspectiva, y me sentía más fuerte para afrontar el trance, me encontraba solo. La invitación a Lo Sereno era para dos personas, el correo de Sebastián lo había dejado claro: "Todo incluido para usted y su acompañante". No tenía novia, tampoco una aventura. Sería una oportunidad desperdiciada, pero lo que más me desconcertaba era otra cosa. Sebastián me había compartido la lista del resto de mis colegas invitados al proyecto: los conocía, todos estaban casados o emparejados; yo sería el único que acudiría al hotel sin compañía. A pesar de que ninguno de los involucrados coincidiríamos en Lo Sereno —se nos habían adjudicado fechas distintas—, me aquejaba un orgullo adolescente: veía mi soltería como una derrota. Para colmo, me tocó la última fecha del calendario de visitas; conforme mis colegas fueron asistiendo, me llegaban noticias de sus experiencias: éramos amigos, nos teníamos en un chat de WhatsApp, y nos encantaba presumir nuestros viajes de escritores. "La pasé in-cre-í-ble con Lucía", mensajé Ángel,

aumentando mi desasosiego. "Excelente para ir en pareja", escribió Pablo una semana después, provocándome insomnio. La estocada final la puso Manuel: "Te tratan de lujo, y hasta la pasión revive".

Estuve a punto de cancelar el viaje, pero se me ocurrió una solución de último momento: invitar a Luisa. Trabajaba en la editorial que publicaba mis libros, y me había declarado su amor cuando aún estaba casado. Aunque no me sentía atraído por ella, sabía que era una apuesta segura. Unas cuantas *selfies* con Luisa, rodeado de palmeras y cocteles, funcionarían para mensajear a mis colegas y no sentirme tan miserable.

Lo consulté con Ricardo, mi psiquiatra, a quien le confiaba las decisiones importantes desde mi divorcio.

—Me parece que quieres tapar el sol con un dedo —me dijo, utilizando una metáfora que se acomodaba al tema de la playa.

—Al contrario —respondí y, siguiéndole el juego, añadí—: esta vez me quiero quemar. Me hace falta una ampolla. El dolor nos recuerda que estamos vivos.

—Es arriesgado, por tu estado de ánimo —Ricardo miró su reloj, y con esa frase dio por concluida la sesión.

No conozco a nadie que le haga caso a su psiquiatra. Yo no iba a ser la excepción.

Le llamé a Luisa para invitarla; se mostró tan sorprendida como emocionada, y luego de decirle una mentira a su jefe —mi editor— consiguió unos días libres. En cuanto me confirmó, le mandé el correo triunfal a Sebastián, avisándole que iba acompañado.

\*\*\*

Como era previsible, el viaje resultó un desastre.

Luisa y yo no teníamos química. Sus manías chocaron con las mías desde que abordamos el avión de Viva Volar: yo

**El Cultural**  
[ SUPLEMENTO DE LA RAZÓN ]

**Roberto Diego Ortega †**  
Fundador

**Delia Juárez G.**  
Directora

**Mariana Ruiz Montell**  
Editora  
@marianamontell

## CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki  
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial • Adrian Castillo  
Coordinador de diseño • Carlos Mora  
Diseño • Paulina Hernández

X: @ElCulturalRazon

Facebook: @ElCulturalLaRazon

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078.  
Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868.  
Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15

“YO ME QUEDÉ SENTADO: ME PARECE  
RIDÍCULO SUMARME A ESA FILA DE PASAJEROS  
ANSIOSOS POR BAJAR CUANTO ANTES,  
Y QUE DE MANERA PARADÓJICA TARDA  
LARGOS MINUTOS EN AVANZAR.”

quería cerrar la ventanilla —me pone nervioso la extensión inabarcable de nubes, quizá porque de algún modo me hace pensar en la eternidad— y ella la quería abierta: es claustrofóbica. Me bebí tres cervezas en el trayecto; Luisa agua mineral, pues no toleraba el alcohol ni —enfaticó— a los borrachos. En cuanto el avión aterrizó, se puso de pie, y sacó su maleta del compartimento, delatando su poca paciencia. Yo me quedé sentado: me parece ridículo sumarme a esa fila de pasajeros ansiosos por bajar cuanto antes, y que de manera paradójica tarda largos minutos en avanzar.

Sabíamos que la habitación del hotel tenía una sola cama; estaba implícito que dormiríamos juntos, pero desde el momento en que dejamos el equipaje y vi el lecho perfectamente tendido, con la tarjeta de bienvenida y unos chocolates sobre la colcha, comprendí que no quería acostarme con ella, como si ese detalle de recibimiento para las auténticas parejas me echara en cara mi falsedad. Algo peor sucedió cuando Luisa salió del baño con el bikini puesto: sentí un rechazo casi atávico hacia su cuerpo. No tenía que ver con su aspecto físico —muy cuidado, le gustaba acudir al gimnasio—, sino con mi patética situación, con el acto desesperado que me había llevado a procurar una compañía que no deseaba.

Para empeorar las cosas, me refugié en el alcohol. En la playa me bebí una cerveza tras otra, con el pretexto de que “en el mar se te sube menos rápido”, y para el momento de la cena ya estaba borracho. Por su parte, Luisa se había dedicado a pedir sus odiosas aguas minerales, y a hacer intentos con la tabla de surf; no logró montar ni una ola, pero al menos se mantuvo ocupada, lejos de mí. Cuando regresamos al cuarto, me desplomé en el lado izquierdo de la cama, sin preguntarle a Luisa cuál prefería, y caí en un sueño profundo.

La dinámica del día siguiente fue casi idéntica, con la diferencia de que bebí desde el desayuno: estaba crudo y pedí un par de mimosas. Permanecí tan encerrado en mí mismo, en mi frustración, que fui incapaz de disfrutar las cosas que me rodeaban: las palmeras que se mecían con la brisa, la arena blanca y resplandeciente de la playa, las iguanas que tomaban el sol de manera despreocupada a nuestro lado...

Para el tercer día la tensión era insostenible. Luisa se empeñó en quejarse de mi manera de beber, de la poca atención que le ponía, mientras yo luchaba por mitigar el efecto de las resacas acumuladas. Mi paranoia estaba a flor de piel: un pájaro pasó por encima de mi cabeza y me encogí, creyendo que se trataba de una piedra.

Harta de mi actitud, Luisa me dijo:  
—Qué mierda de viaje.

No me importaba herirla. Le respondí:

—Te puedes largar cuando quieras.

Luisa me dirigió una mirada llena de desprecio, se levantó de la tumbona en la que reposaba, y se alejó con paso enérgico por la playa, hasta desaparecer de mi vista. Comenzaba a oscurecer; el berrinche no podía durar mucho. Subí a la habitación, me tomé un par de aspirinas, y me acosté a esperarla, mientras preparaba el discurso con el que pensaba disculparme: aceptaría que había sido una mala idea venir juntos, reconocería mi mal humor y mi actitud autista, aunque omitiría decirle que la había invitado porque era, literalmente, mi única opción. Quedaba un día más de esa pesadilla; intentaría beber menos y ser comunicativo, mostrar un lado amable para que Luisa no me odiara tanto: a fin de cuentas seguiríamos viéndonos porque éramos parte de la misma editorial.

Me quedé dormido. Un par de horas después me despertó una tormenta. Los relámpagos iluminaron la habitación, mostrando el lado derecho de la cama vacío. Sentí un terror profundo: aquel viaje podía terminar peor de lo que imaginaba. La adrenalina me hizo reaccionar, y salí en busca de Luisa. El viento doblaba las palmeras, las olas se alzaban como enormes bloques de obsidiana. Caminé por la arena con dificultad, cegado por la lluvia y los ventarrones. Grité su nombre varias veces, pero ni siquiera podía escuchar mi voz. En algún momento perdí de vista el hotel; me vi rodeado de una naturaleza salvaje, de una soledad abismal. Los relámpagos rasgaban el cielo como si quisieran destriparlo. Parecía que había accedido a un edén primitivo, al momento mismo de la creación. Comprendí que estaba ante fuerzas desconocidas, y que debía volver sobre mis pasos.

\*\*\*

Entré al cuarto con el cuerpo aterido. Me metí a la tina y dejé que el agua caliente me reconfortara. El amanecer me sorprendió mientras me vestía.

Luisa no regresó al hotel. Sus cosas continuaban en la habitación, por lo que era poco probable que hubiera vuelto a su casa. Hablé con Sebastián, y le señalé el rumbo que Luisa había tomado al marcharse. Me explicó que eran kilómetros de playa virgen.

—Allí no hay nada —dijo, con rostro preocupado—. Ni casas, ni caminos. Es raro que no haya vuelto.

—La tormenta pudo haberla confundido...

—¿Cuál tormenta?

No pude seguir hablando. El estó-

mago se me revolvió y fui a vomitar al baño. Cuando regresé, mi anfitrión hablaba por su celular con la policía, y reportaba a Luisa como desaparecida.

Hasta ahora, su paradero es una incógnita.

\*\*\*

Luisa se convirtió en el tema central de mi terapia. La culpa y los remordimientos me consumían. Mi obsesión era tan grande, que había provocado algo en apariencia imposible: hacer que dejara de rumiar mi reciente divorcio. Ricardo me tenía paciencia, o hacía como que me la tenía; para eso le pagaba. Supongo que mis callejones sin salida lo tenían cansado, porque comenzó a hacer un juego extraño y perverso, en el que intentaba poner en duda mi cordura.

A la enésima ocasión que abordé la desaparición de Luisa, me descolocó con la siguiente frase:

—Tú nunca fuiste a Lo Sereno, lo hemos hablado muchas veces. ¿Te estás tomando las medicinas que te receté?

Me quedé helado: no habíamos comentado eso antes, y tampoco me había recetado medicamentos.

—¿Es una broma? —pregunté, incómodo.

Ricardo me sostuvo la mirada, serio. Abrió un cajón de su escritorio, sacó un papel, y me lo extendió.

—No suelo hacer esto —dijo—, pero como no progresas, me pareció necesario. El dueño de Viva Volar es amigo mío, y me facilitó la información. Allí vienen los datos del día y la hora en los que afirmas que viajaste con Luisa a Zihuatanejo...

Miré la hoja, perplejo. No entendí por qué Ricardo me hacía eso. Tanto tiempo tomando terapia con él; le había confiado mi mente, y ahora se quería burlar de mí.

*Vuelo VV3144, CDMX-Zihuatanejo, 6:30 AM, viernes 14 de junio de 2019*

Revisé la lista de los pasajeros que habían abordado. No estaba mi nombre.

—Debe ser un error —alegué.

Ricardo se enderezó en su silla, y recargó lo codos en el escritorio.

—Sí acudiste al aeropuerto, y te presentaste en el mostrador, pero no pudiste abordar...

Fuente > Freepik



Fuente ▶ Pixabay



Iba a interrumpirlo, pero me detuvo con un gesto de la mano.

—...no hiciste el *check in* en línea, por lo que debías pagar 200 pesos. Ofreciste un billete de 500, pero la señorita que te atendió dijo que sólo aceptaban tarjeta, y tú no traías. Perdiste el vuelo por una tontería, y eso te hizo explotar: tuviste un brote psicótico, intentaste agredir al personal de Viva Volar; se necesitaron tres policías para controlarte. Pasaste varios días detenido, hasta que acudí al Ministerio Público a testificar sobre tu frágil estado mental. Aceptalo de una vez: nunca te subiste a ese avión.

—¿Me estás diciendo que me lo imaginé todo? El hotel, las bebidas, el pleito con Luisa, la tormenta... Demasiados detalles para ser una alucinación.

—Tuviste una variante de la Fuga Disociativa. Ya lo hemos discutido.

—¿De qué hablas?

—La gente que tiene una Fuga Disociativa, provocada por un factor estresante, puede cambiar de personalidad sin saberlo y vivir otra vida. Tú no cambiaste de personalidad, pero imaginaste un episodio completo.

La vista se me volvió borrosa, las manos me temblaban. Una imagen acudió a mi mente, cargada de sensaciones: frío, angustia, cansancio. Vi dos cuerpos empapados. Era un recuerdo tan vívido como real.

—Sé que estuve allá con Luisa, en medio de una tormenta —dije, haciendo un esfuerzo para que mi voz no se quebrara—. Lo voy a demostrar.

\*\*\*

Acudí a la editorial con el pretexto de cobrar mis regalías, y aproveché para preguntar por Luisa. La secretaria me explicó que su situación laboral había cambiado: ya no trabaja de planta en la oficina; ahora era *freelance*.

—¿Desde cuándo? —quise saber.

—Tendrá un mes.

Me fijé en el calendario que reposaba sobre el escritorio: era 14 de julio, había pasado un mes desde el incidente en el aeropuerto.

Después me dirigí a casa de Luisa. Vivía en un edificio de departamentos antiguo; le gustaba la arquitectura clásica, igual que a mí: el único rasgo que teníamos en común. Timbré varias

“LOS RELÁMPAGOS  
ME GUÍAN EN LA PLAYA.  
ME ALEJO DE LA ORILLA,  
TEMEROSO DE QUE LAS  
OLAS ME ENGULLAN.”

veces en el interfón, sin obtener respuesta. Un vecino salió en ese momento, y aproveché para entrar al vestíbulo. Me fijé en el casillero de su correspondencia: acumulaba sobres con fecha de junio. Luego hice lo que debí haber hecho desde un principio, pero que dejé hasta el final, porque era lo que más desasosiego me causaba: llamarle a su celular. Me respondió una grabación: *el usuario a contactar está fuera del área de servicio...*

Entonces comprendí: Luisa continuaba perdida en Lo Sereno. Tenía que encontrarla y traerla de regreso para recuperar mi tranquilidad. Ni Ricardo ni su teoría sobre mi padecimiento podían ayudarme.

Luisa y la tormenta me salvarían.

\*\*\*

Mis manías son arraigadas. No realicé el *check in* antes, nunca me ha gustado hacerlo y no iba a cambiar mi manera de pensar por la política absurda de una aerolínea. Sin embargo, en esta ocasión me aseguré de llevar una tarjeta. Cuando la chica del mostrador de Viva Volar me la pidió, sentí un extraño placer al entregársela: era

Fuente ▶ Freepik



como si estuviera viviendo de nuevo el mismo episodio, pero ahora del lado correcto. Un *déjà vu* mejorado. En el avión, el asiento contiguo al mío iba vacío: era el lugar de Luisa, no me cabía duda. En su honor, dejé la ventana abierta y me puse a contemplar el mar de nubes, esa extensión que me provoca angustia porque no tiene principio ni fin. ¿Dónde empiezan y dónde acaban las historias? Sabía que encontraría una respuesta en Lo Sereno. Incluso el nombre era profético.

Una vez en el hotel me dediqué a hacer lo que dictaba mi lógica: repetir los actos de la anterior visita. Bebí un trago tras otro en compañía de las silenciosas iguanas. Podía sentir a Luisa cerca, escuchar el eco de sus amargos reclamos. Por suerte, no me topé con Sebastián: su reacción ante mi presencia me hubiera dado una pista anticipada, que sólo contribuiría a aumentar mi incertidumbre.

Cuando anocheció, me fui a la habitación, borracho. Me acosté en la cama con ropa, y aguardé a que me despertara la tormenta.

\*\*\*

Los relámpagos me guían en la playa. Me alejo de la orilla, temeroso de que las olas me engullan. La lluvia y el viento me obligan a cerrar los párpados de manera constante. Avanzo a trompicones, como si aún permaneciera borracho; pero estoy sobrio: el frío y la fuerza de la tormenta me han despejado la cabeza. No hay señales de civilización a mí alrededor. Sólo veo las plantas de hojas enormes que habitan en este paisaje prehistórico.

Caigo sobre la arena, vencido por el cansancio. Me siento desorientado. La tormenta ha borrado mis huellas; no sé hacia qué dirección se encuentra el hotel. Me doy cuenta de que lo mismo debí pasarle a Luisa la noche que desapareció. Vencido por este enigma sin resolución, comienzo a llorar; alzo el rostro y dejo que mis lágrimas se confundan con la lluvia. Soy el culpable de nuestra desgracia. Debí haber venido solo a Lo Sereno, y no involucrar a Luisa. Ahora se ha creado un lazo indisoluble entre ambos, que nos vincula más allá del tiempo y del espacio. Porque la mente, al igual que los horizontes cuajados de nubes, no tiene principio ni final...

—Bernardo —me dice una voz conocida—, ¿qué haces aquí?

Abro los ojos y veo a Luisa, parada junto a mí, desafiando a la tormenta. Me extiende una mano; la sujeto y me levanto. De pronto siento que el universo se acomoda, que un engranaje ha caído en el lugar correcto, y que la maquinaria del cosmos se ha vuelto a poner en marcha.

Voy a decir algo, pero ella se adelanta:

—Me desperté, y no te vi en la cama. Te busqué por todas partes. ¿Estás bien?

Observo las olas negras rompiendo en la orilla, los relámpagos que arañan el cielo, la tormenta que nos sacude con la violencia de un mundo que acaba de nacer.

Clavo la mirada en Luisa. Estoy listo para el siguiente ciclo. Le digo:

No vas a creer lo que sucedió. ☑

El libro más reciente de Ana Clavel es una reunión de minificciones, descritas por la propia autora como "historias de unas cuantas palabras o escasas líneas capaces de abrir universos de imaginación sugerente" (CorazoNadas, Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México). Estas microficciones hablan de todo tipo de corazones, reales y ficticios.

# NUEVAS CORAZONADAS

ANA CLAVEL

@anaclavel99

## EL CORAZÓN DE LOS OCIOSOS Y LA MINIFICCIÓN

Soñé con un lugar maravilloso donde la gente dormía toda su vida y sólo se despertaba para ir a su propio entierro. ¿Qué te parece?, me contó mi hijo adolescente, perezoso por las vacaciones escolares. Le respondí: "Eso es una minificción". Tal vez él esperaba que lo reprendiera por levantarse tarde, pero yo comencé a fraguar unos apuntes para una miniteoría del microrrelato y le dije que lo haría coautor. Lo miré alejarse muy orondo a sus actividades, mientras me regocijaba de no haber caído en la trampa de los usos perversos de la virtud.

Estoy segura de que un dicho como "el flojo y el mezquino andan dos veces el camino" fue creado por alguien que odiaba a los que se detenían a la vera del camino para contemplar el misterio de una flor en sombra, en vez de irse directo a la fábrica a producir ramos artificiales... O alguien que no sabe de la "morosidad" necesaria para urdir una novela, una teoría científica, un cuadro, una balada o, incluso, una minificción. De hecho, los perezosos suelen ser muy creativos. Como sabía Sir Winston Churchill, gracias a ellos tenemos los mejores inventos de la vida diaria.

El corazón de los ociosos va de la mano con remojar una magdalena en una taza de té y desencadenar todo un universo en siete tomos de memoria fulgurante como lo hizo el autor de *En busca del tiempo perdido*. Se sabe que Marcel Proust, aquejado de asma desde niño, era un perezoso que dormía mucho de día y escribía por las noches acostado en su cama hasta setenta horas seguidas —innumerables tazas de café de por medio— para forjar un fresco de historia y sociedad parisina, cuyo tema principal sería la memoria y el tiempo. En su momento, Jean Cocteau definiría la obra proustiana como una "miniatura gigante".

Y precisamente, una suerte de miniatura gigante es como yo definiría una buena minificción. Una historia de unas cuantas palabras o escasas líneas capaz de abrir universos de imaginación sugerente. Aunque hoy en día se ha puesto de moda por la velocidad de nuestras vidas virtuales, alentada por las ocurrencias chispeantes de usuarios de X-Twitter que se ejercitan en

mensajes no mayores a 140 caracteres, la minificción es vista por muchos otros con desconfianza o abierta mala fe.

Alberto Chimal, autor que domina el microrrelato, escribió hace años una defensa juguetona del género titulada "Tolstoi descubre las cualidades de la minificción". El afamado autor de *Guerra y paz* y *Ana Karenina* no conoció la minificción, pero sí el ocio creador. Así pues, ese texto sobre Tolstoi es una ironía hipotética: lo que el autor ruso pudo haber ponderado de ese género de haberlo conocido. Y es que el microrrelato es difícil precisamente por su brevedad. Por eso, siguiendo el juego de Chimal, podríamos imaginar el siguiente minitexto: "Le preguntaron a Tolstoi por qué no escribía microrrelatos. Respondió con desaliento: 'Lo diré de corazón: llevo toda la vida intentándolo... pero sólo me salen larguísimas novelas'".

## MIL Y UNA NOCHES DESPUÉS

—Ahora lo sabes... —le dijo Scherezade a un Aladino ya cansado por los años—. La verdadera lámpara de los deseos ha sido siempre tu propio corazón.

## CORAZÓN INSOMNE II

En la noche interminable, con los ojos enrojecidos, la cabeza a punto de estallar, su corazón latía "tic-tac, tic-tac, tic-tac".

## ROUSSEAUNIANA

Yo sé escribir en mi corazón.

## MEMORIA DEL CORAZÓN

Vuelve a pasar una y otra vez por el corazón: *re-cordis*, como en su origen latino: Recuerda... Dale cuerda al corazón —y mecha para que se encienda. (Recuerda también: La respuesta no tiene memoria, sólo la pregunta recuerda, como sabía el poeta Jabès.)

## SIRENOCARDIA

Tenía una concha de caracol por corazón y cuando los hombres —esos bípedos incorregibles— la abandonaban, se lo llevaba al oído.

Al escuchar el ritmo del oleaje, su cola se humedecía, sus cabellos brillaban

fosforescencias, lista para una nueva travesía.

También usaba su concha-corazón para quedarse despierta, sin necesidad de abrir los ojos.

## CORAZÓN RECÓNDITO

En todo corazón habita un bosque. Con sus árboles frondosos, sus musgos iridiscentes, sus cascadas y riachuelos sinuosos, sus criaturas salvajes. También pájaros que cantan a los rayos del sol que se cuelan en la enramada y una cabaña recóndita entre el sueño y la espesura. Ahí se fraguan los deseos más poderosos, los que nos abisman gota a gota en la vida, los que nos arrojan lo mismo al éxtasis que a la disolución.

## NUEVA NOCHE BOCARRIBA

Creyó que era un sol rojo que goteaba cuando el sicario sacó algo de su pecho y lo elevó a las alturas.

## DESTINO

Al que nace con corazón de martirio del cielo le caen las es pi nas .

## ANATÓMICA DEL CORAZÓN

El corazón es una cavidad hueca llena de sangre .

## EPITAFIO DEL CORAZÓN

No se culpe a nadie de mis latidos .

□



## AL MARGEN

POR **VEKA DUNCAN**

@VekaDuncan

### KAFKA A TRAVÉS DE SUS TRAZOS

Fuente > The Literary Estate of Max Brod, Biblioteca Nacional de Israel



**EL 3 DE JUNIO** de 1924 Franz Kafka respiró por última vez. A cien años de aquel día, la memoria del escritor checo sigue más vigente que nunca, no sólo porque encabeza las listas de los autores más leídos alrededor del orbe, sino porque su literatura tiene mucho que decimos aún sobre lo más profundamente humano; la soledad, el rechazo, y, también, lo

absurdo de nuestra existencia. Mucho se ha dicho, pues, sobre sus letras, pero se habla menos de su veta artística.

"Era mucho más indiferente, o más aún, hostil hacia sus dibujos que a su producción literaria. Cualquier cosa que yo no rescatara era destruida. Le pedía que me diera sus 'garabatos', o yo los rescataba del bote de basura." Así describió Max Brod cómo fue que reunió lo que se convertiría en una significativa colección de dibujos de Franz Kafka. Amigo de sus años escolares, y con quien mantendría una entrañable relación a lo largo de toda su vida, Brod fue también a quien el escritor le pidió expresamente que destruyera toda su obra tras su muerte —incluidos sus dibujos. Desde luego que la promesa de la amistad no resistiría el paso del tiempo y es gracias a ello que hoy tenemos la fortuna de gozar de las letras de Kafka y, recientemente, también de sus trazos, prácticamente inéditos, hasta su publicación en 2022.

A PRIMERA VISTA, EL POCO INTERÉS que mostraba Kafka por sus dibujos podría hacernos pensar que no los consideraba una obra seria, pero lo cierto es que detrás de esas líneas encontramos quizá su primera ambición creativa. Antes de iniciarse propiamente en la escritura, el hoy célebre tomó cursos de dibujo e historia del arte durante sus años universitarios, entre 1901 y 1906. Si bien hoy sabemos que sus talentos estaban mejor dirigidos a la pluma que al lápiz, no debemos desestimar del todo su obra artística. En ella se aprecia un gran sentido para entender la figura humana y su movimiento, lo cual transmite con escasos trazos. También muestra un conocimiento de la perspectiva, a pesar de su simpleza, y de las tendencias artísticas. Más allá de la crítica de arte, o de imaginar lo que pudo haber sido un universo paralelo con un Kafka pintor, lo interesante de revisar aquellos trazos en tinta y grafito es que nos permite una ventana a otro aspecto de un personaje del que pareciera que todo está dicho. Solemos pensar en Kafka como un hombre afligido, torturado por la opresiva sombra de su padre, por la imposibilidad de dedicarse a su mayor pasión, la escritura, y por el aislamiento de sentirse un extranjero en su propia ciudad, su cultura y su familia. Todos esos fueron rasgos de su carácter y existencia, pero en su ingenuidad casi infantil y en su sentido del humor caricaturesco, sus dibujos nos muestran otra cara: la de un personaje que no sólo sabía reír, sino hacer reír a otros. Nos invitan, en resumen, a dejar de perfilar un solo lado de la historia, o una historia única, citando a la escritora Chimamanda Ngozi Adichie. Los dibujos de Kafka nos demuestran, entonces, que un hombre puede ser lo que dictan sus demonios, pero también sus risas. Y eso, sobre todo cuando hablamos de un personaje histórico leído siempre a la luz de la discriminación y la enfermedad —física y mental—, es muy poderoso. ■



Fuente > GEI Diario

### EL CINE DE FRITZ LANG

EN ALGUNA ocasión le preguntaron a Fritz Lang lo que entendía exactamente por crítica social, ¿la de un sistema o la de una civilización? Lang contestó:

"[...] Lo que yo critico en mis películas no es en el fondo una especie de locura. Es la lucha del individuo en contra de las circunstancias, el eterno problema de los antiguos griegos, de la lucha en contra de los dioses, el combate de Prometeo. Lo mismo ocurre en nuestros días: combatimos las leyes, luchamos contra los imperativos que nos parecen injustos y nada buenos para nuestros tiempos. Puede que sean necesarios dentro de treinta o cincuenta años, pero por el momento no lo son. Estamos luchando siempre. [...] La lección del conjunto de mis películas sería la de que cada ser humano debe hallar su propia solución. El hombre puede revolverse contra lo que es malo o falso. Hay que revolverse cuando se halla uno 'atrapado' por las circunstancias, por las convenciones. [...] Creo que hay que combatir sin cesar el mal en todas sus formas. Hay que combatir incluso cuando el resultado de la lucha es incierto. [...] Hay que denunciar al mal tan pronto se presente en cualquiera de sus formas, como, por ejemplo, en el caso de un gobierno corrompido [...]" ■

Fernando Méndez-Leite von Hafe, *Fritz Lang. Su vida y su cine*, Ediciones Daimon, Barcelona, 1980.

### VERDAD

**SÓLO HAY TOLERANCIA REAL** y genuina cuando un hombre está firme y absolutamente convencido de una verdad, o de lo que sostiene que es una verdad, y cuando al mismo tiempo reconoce el derecho a existir de aquellos que niegan esa verdad, y a contradecirlo, y a decir lo que piensan, no porque ellos sean libres frente a la verdad sino porque buscan la verdad a su propia manera, y porque él respeta en

ellos la naturaleza y la dignidad humanas y esos mismos recursos y fuentes vivos del intelecto y de la conciencia que los hacen potencialmente capaces de alcanzar la verdad que él ama. ■

Jacques Maritain, "Verdad y confraternidad humana", citado por Martha C. Nussbaum, *Libertad de conciencia. Contra los fanatismos*, trad. Alberto E. Álvarez y Araceli Maira Benítez, Tusquets, México, 2010.

### RUIDO

**ESTOY COMPLETAMENTE MACHACADO** a golpes y me duele la cabeza.

Ayer, anteayer y hace tres días mi patrona llamó con los nudillos a la puerta.

—¿Puedo saber por qué aporrea la puerta —le pregunté.

Mi tímida pregunta fue rechazada con esta contestación:

—Es usted un impertinente.

Las preguntas delicadas se consideran una insolencia.

Uno siempre debería hacer ruido.

Dar golpes es un verdadero placer; escucharlos no lo es tanto. Los que dan golpes no oyen los suyos; bueno, los oyen, pero no les molestan. Todo estruendo tiene algo agradable para el que lo causa. Lo sé por propia experiencia. Uno se siente valiente cuando escandaliza.

Vuelven a dar golpes.

Al parecer están apaleando una alfombra. [...]

Quien desee colgar un cuadro de la pared debe clavar antes un clavo. Con esta finalidad se golpea.

—Sus golpes me molestan.

—Me trae sin cuidado.

—Bien, habrá que ocuparse como es debido de esa falta de delicadeza.

—Eso no le perjudicará.

Una buena conversación, ¿verdad?

¡Dar golpes! Me gustaría taparme los oídos.

Un día, siendo criado, yo también golpeé alfombras persas. El ruido resonaba en el espléndido paisaje.

Se sacuden las ropas, los colchones, etc.

La ciudad moderna está llena de golpeteos. El que se enfada por algo inevitable es bobo.

—¡Aporre sin cumplidos; dele, dele!

—¿Lo dice con ironía?

—Sí, pero poca. ■

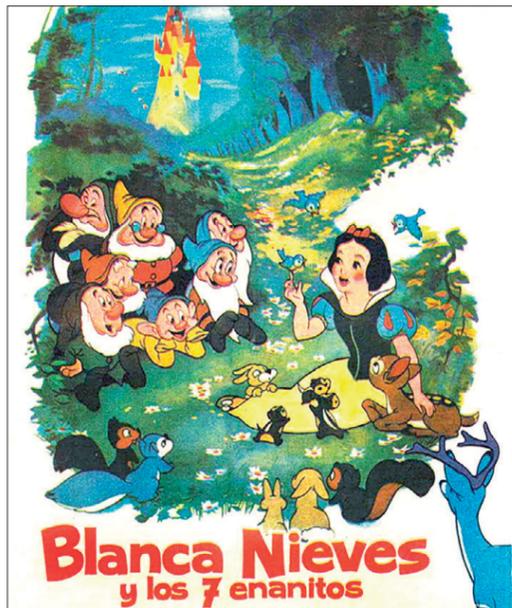
Robert Walser, "Dar golpes", *Lo mejor que sé decir sobre la música*, trad. Rosa Pilar Blanco, Siruela, 2019.

### DOLOR

**ANTE UN ACONTECIMIENTO TERRIBLE**, por fortuna, el dolor no se siente todo de un solo golpe, aunque uno crea en un principio que así es. A medida que los segundos, y los minutos, y las horas y los meses —hasta los años—,

pasan, uno se da cuenta que el dolor se sufrió parcialmente de diversas formas, con distinta intensidad, a lo largo del tiempo. De otro modo, habría sido imposible, insoportable, sufrir la pena entera en una sola instancia y sobrevivir. 

Elvia de Angelis, *Reverberaciones*, Floricanto, 2013.



Fuente > Blancanieves poster

## BLANCA NIEVES

**EN 1934**, Walt Disney era una sensación en Hollywood, pero él quería algo más: su objetivo era hacer un largometraje animado que rivalizara con las películas de acción real tanto en estilo como en complejidad. Cuando anunció la producción de *Blancanieves y los siete enanitos*, tildaron a la empresa de “la locura de Disney”. Durante los tres años siguientes, su estudio pasó de tener 300 a 700 empleados y el presupuesto original de 25 mil dólares se hinchó hasta 1.4 millones. Disney llegó a hipotecar su propia casa para acabar el proyecto. La película se estrenó en 1937, con una entusiasta acogida. La apuesta financiera de Disney dio sus frutos. Se había creado un nuevo medio para contar historias. 

Daniel Borden et al., *La historia del cine*, trad. Teresa Jarrín Rodríguez, Blume, 2009.

## PSICOLOGÍA

**EL DÍA EN QUE TE VAYAN** muy mal las cosas podrás contar con los dedos de la mano los que se quedan a tu lado, me dijo un negro viejo en un baile, un negro que se las daba de psicólogo. El viejo me dio otro consejo que había aprendido en el burdel del barrio: “En esta vida primero tú, después tú, y luego tú”. No es nada fácil aprender esa lección, añadió. Hay que ser un tipo duro, pero los de tu alrededor tendrán una ventaja, puesto que sólo siendo uno feliz puede hacer feliz a los

demás. Ignoro si estas cosas rudimentarias de la vida se enseñan también en Harvard. No estoy seguro de si la psicología ha subido desde el burdel a la cátedra o, por el contrario, de la cátedra ha bajado al burdel y al mercado donde la gente manifiesta en los ojos todas las pasiones primarias acariciando con los dedos el dinero sudado antes de cambiarlo por el placer. Los profesores de psicología suelen tener un aire elegantemente devastado. En ese ambiente de estudio todo está preparado para que los alumnos privilegiados reciban las teorías más avanzadas sobre el comportamiento del alma humana, pero no es raro que esos profesores no sean tan coherentes como el negro que bailaba *swing* con una negra en aquella timba. Algunos profesores de psicología llevan una doble vida entre Erich Fromm y el alcohol y suelen tener escenas a cuchillo con su mujer en la cocina en el tedio de la tarde del domingo e incluso el emérito que el día anterior mandó un trabajo en clase acerca del conductista John Watson aparece por la mañana desnudo, erecto y asfixiado con la cabeza metida en una bolsa de plástico [...] 

Manuel Vicent, *Radical libre*, Círculo de Tiza, 2014.

## FERNANDO SAVATER Y JAVIER MARÍAS

**FUIMOS TAN AMIGOS** y durante tanto tiempo que ahora no recuerdo si alguna vez le dije en serio cuánto lo admiraba como escritor. Son cosas que uno nunca dice a un amigo, de verdad, porque introduce una rigidez académica en la familiaridad: y es más importante el afecto que la crítica literaria. Que la increíble – aún no la he digerido del todo – noticia de su fallecimiento me llegase en un hipódromo tiene su gracia porque cada vez que Javier sacaba uno en un relato nunca dejaba de decir: “Por allí andaba un filósofo muy aficionado a los caballos...”. Era una especie de contraseña entre los dos, un chiste privado. ¿Ahora ya podré admirarte inmensamente como si no nos conociésemos desde muchachos, mi querido Javier? 

Fernando Savater, *Carne gobernada. De política, amor y deseo*, Ariel, 2024.



Fuente > Claudio Álvarez, El País

## LA CANCIÓN #6

POR ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

## LA TENTACIÓN DE SUNO



Fuente > suno.com

**AL IGUAL** que los diez millones de usuarios en los últimos ocho meses, sucumbí a la tentación cuando escuché un tango que hizo un amigo en *suno.com*, la IA generativa de música que está de moda y que ya preocupa a los grandulones del *streaming*

porque la migración de usuarios ha sido masiva. En una tarde generé dos canciones: “Vacuna Cero”, una rola *punk* sobre la falta de vacunas, y “¡Arre! ¡Arre!” una canción *country* acerca de ir a trabajar para tener dinero y poder ir a bailar. Pese a que yo las generé, suenan a canciones genéricas, planas y sin naturalidad. Pero eso no importa, lo importante es la gran promesa sobre democratizar la creación para que cualquier persona pueda expresarse con música sin saber una nota. En esos términos, y con 125 millones de dólares de financiamiento en un año, es inútil oponerse al avance tecnológico.

Suno es magia tecnológica que permite a cualquier usuario “hacer” canciones con una facilidad irresistible: abres una cuenta, exploras el universo musical y, para hacer una canción, escribes la letra, eliges el género y describes el estilo. Las combinaciones son infinitas. Le das clic y generas tu canción en dos versiones para compartir.

**SUNO TRABAJA CON MODELOS** de IA alimentados con música para enseñarlo a recrear patrones y estilos. Lo que se cuestiona es de dónde sale ese alimento musical para entrenar a su bestIA. Se sospecha que utilizan composiciones sin permiso, al parecer están violando los derechos de miles de autores, y Suno aún no aclara nada al respecto. Los inversionistas – como en su momento los de Spotify – se están tomando ese riesgo, si se les comprueba el uso indebido de la música la demanda será estratosférica. Al respecto se ha dicho que la innovación tecnológica tiene que alinearse con los derechos de los artistas, quienes pueden asociarse con la IA para generar experiencias musicales.

El éxito de Suno anuncia un cambio de hábitos respecto a la forma en que consumimos la música. Si antes grababas un *mixtape* y luego una *playlist*, ahora generas una canción o un disco. Ya no se requiere de un grupo, ni un estudio, ni un productor, ni saber tocar. Existe la propuesta de que los artistas puedan interactuar con sus seguidores y generar canciones con ellos. Pero antes se tendría que llenar el vacío legal sobre la música generada con IA, regalías, licencias, etc. El desplazamiento de los músicos y la música basura merecen otra columna.

En el 2000 entrevisté a José Luis Cuevas sobre el arte digital. Los programas de diseño eran utilizados por diseñadores, fotógrafos, ilustradores, pintores y artistas visuales para crear obras que fueron blanco de críticas, señalamientos y polémicas porque siempre ha existido el *team: eso no es arte*. Hubo posturas encontradas tipo *la revolución digital versus el fin del arte*. Mientras tanto su hija, la artista visual Ximena Cuevas, agregaba color a los grabados del maestro en la computadora. Ninguna tecnología ha hecho artista a nadie. Cuevas dijo no necesitar aquellas herramientas: “Me basta un lápiz y una hoja de papel para crear un mundo”. 

Con autorización de Editorial Periférica presentamos al lector algunos fragmentos del testamento literario de Marguerite Duras, una de las autoras clásicas de la literatura francesa: Nada más (C'est tout, traducción de Vanesa García Cazorla), que dictó y dedicó a su amante Yann Andréa Steiner durante su último año de vida. Vivieron juntos 16 años, comenzaron a hacerlo cuando él tenía 28 y ella 65. Duras murió a los 82 años. Yann la sobrevivió 18 años y murió en 2014 a los 63.

# NADA MÁS

MARGUERITE DURAS

*Para Yann.  
Nunca sabemos de antemano lo  
que escribimos.  
Date prisa: piensa en mí.*

*Para Yann, mi amante de la noche.*

*Firmado: Marguerite Duras,  
la amante de ese adorado amante,  
el 20 de noviembre de 1994,  
París, rue Saint-Benoît.*

*21 de noviembre, por la tarde,  
rue Saint-Benoît*

Y. A. ¿Qué diría de usted?  
M. D. Duras.  
Y. A. ¿Qué diría de mí?  
M. D. Indescifrable.

*Al rato, la misma tarde*

A veces me siento vacía durante mucho tiempo.  
No tengo identidad.  
Eso al principio asusta. Luego se transforma en un movimiento de felicidad. Finalmente, cesa.  
La felicidad: muerta, como quien dice.  
Algo ausente del lugar donde estoy hablando.

*Un rato después*

Es cuestión de tiempo. Escribiré un libro.  
Me gustaría escribirlo, aunque no es seguro que lo haga.  
Es aleatorio.

*22 de noviembre, por la tarde,  
rue Saint-Benoît*

Y. A. ¿Tiene miedo a la muerte?  
M. D. No lo sé. No sé qué responder.  
Desde que he llegado al mar, ya no sé nada.  
Y. A. ¿Y conmigo?  
M. D. Antes y ahora, al amor que nos tenemos. La muerte y el amor. Será lo



que tú quieras, lo que tú seas.  
Y. A. ¿Cómo se definiría?  
M. D. No sé, lo mismo que en este momento tampoco sé qué escribir.  
Y. A. ¿Su libro favorito?  
M. D. Un dique, la infancia.

Y. A. ¿E irá al paraíso?  
M. D. No. Me entra la risa.  
Y. A. ¿Por qué?  
M. D. No lo sé. Soy una persona descreída.  
Y. A. Y, después de la muerte, ¿qué queda?

M. D. Nada. Excepto los vivos, que sonríen, que recuerdan.  
Y. A. ¿Quién se acordará de usted?  
M. D. Los lectores jóvenes. Los estudiantes.

Y. A. ¿Qué la absorbe?  
M. D. Escribir. Una ocupación trágica, es decir, relacionada con lo banal de la vida.  
No me cuesta enfrascarme en ella.

*Al rato, la misma tarde*

Y. A. ¿Tiene título para su próximo libro?  
M. D. Sí, *El libro por desaparecer*.

*23 de noviembre,  
en París, 3 de la tarde*

Quiero hablar de alguien.  
De un hombre de veinticinco años a lo sumo.  
Es un hombre bellissimo que quiere morir antes de que la muerte repare en él.  
Usted le amaba.  
Mucho más que eso.

La belleza de sus manos,  
eso es, sí.  
Sus manos, que avanzan por la colina, ahora nítida, clara, tan luminosa como la gracia de la niñez.  
Le beso.  
Le espero como espero a aquel que destruirá

esa gracia ajada, dulce y aún cálida.  
A ti ofrendada, entera, con todo mi cuerpo, esa gracia.

*Al rato, la misma tarde*

He querido decirle que le amaba.  
Gritarlo.  
Nada más.

*Rue Saint-Benoît, domingo,  
27 de noviembre*

Estar juntos es el amor, la muerte, la palabra, dormir.

*Al rato, el domingo*

Y. A. ¿Qué diría de sí?  
M. D. Ya no estoy muy segura de quién soy.  
Estoy con mi amante.  
Su nombre lo desconozco.  
Da un poco igual.  
Juntos ser uno, como con un amante.  
Me habría gustado que así fuera.  
Ser uno con un amante.

*Silencio y...*

Y. A. ¿Para qué sirve escribir?  
M. D. Para poder callar y hablar al mismo tiempo. Escribir. Significa también cantar de vez en cuando.  
Y. A. ¿Bailar?  
M. D. Eso también. Bailar es consustancial al ser humano. Siempre me ha gustado bailar.  
Y. A. ¿Por qué?  
M. D. Aún no lo sé.

*Silencio y...*

Y. A. ¿Se le da bien?  
M. D. Sí, eso creo.

Escribir se acerca mucho al ritmo de lo oral. ■

Esta crónica de Rogelio Garza es la narración de un patético episodio en el que fue víctima de la mala suerte y del pésimo sistema de salud pública de nuestro país, poniendo en evidencia sus servicios de atención negligentes y el desabasto de medicamentos tan elementales. Toda una odisea para conseguir una vacuna contra el tétanos.

# QUE NO TE MUERDA UN PERRO EN DOMINGO

ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

**M**e mordió un perro del monte. Una mordida sin complicaciones, en apariencia. Lo grave fue conseguir la vacuna. Increíble que en pleno siglo XXI, en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, conseguir una vacuna tan básica se convierta en un viacrucis público y privado contra el reloj. Tan sólo fue una probadita de nuestro antisistema de salud que resulta surrealista, ignorante e indolente. Pero en domingo es más indiferente que un perezoso echando la siesta. Ahora tengo una idea de lo que viven los enfermos y sus familiares cuando no consiguen los medicamentos debido a las instituciones incapaces, ineficientes e inhumanas.

**EN NOVIEMBRE DE 2023** llevé a Liz a dar una vuelta en bicicleta de montaña. Pedaleamos por veredas del bosque, subidas que parecen eternas y caminos de tierra, hasta los pueblos mexicanos de Jilotzingo, Espíritu Santo y Santa María Mazatla. Lo normal es que salgan los perros de rancho a ladrar y a veces te persiguen unos metros. "No hacen nada", le he repetido a Liz, "sólo te ladran y corren tras de ti". Nunca me habían mordido, pero esa mañana, por hoción, me clavaron los colmillos. Sucedió a las afueras de Mazatla, apareció una manada de seis perros silvestres que se alborotaron al vernos pasar. Uno se dejó venir y en un parpadeo me mordió el tobillo izquierdo. La naturaleza es perra. Fue una mordida tan rápida que ni cuenta me di si no es porque al perro se le atoró mi calcetín en el hocico. Con los zapatos de clip no tuve tiempo de sacar el pie del pedal para sacudirlo de una patada. En ese parpadeo me dejó cuatro dentelladas frontales como bandera de Black Flag, rodeadas de cuatro puntos en cada esquina. Sangraba. Una familia que pasaba por ahí vio la acción. "¿Es de ustedes o saben de quién es?", pregunté para saber si estaba vacunado. "No, esos perros vienen del monte", dijo la señora. Y así me chingué pedaleando un regreso épico, herido en el talón, como Aquiles.

Al principio subestimé la mordida. Según yo, lavarla bien y desinfectarla



Fuente > Campeones de Aranjuez

con alcohol bastaría. No era de pánico, pensaba que este tipo de inyección se podía comprar en cualquier farmacia o clínica y asunto resuelto. ¿Qué podía *malir sal?* Vaya ignorancia e ingenuidad de alguien que nunca ha pisado un hospital como paciente ni padecido una enfermedad grave. Pero mayor fue la ignorancia con la que me topé en farmacias, clínicas y hospitales respecto a la vacunación en estos casos. Y lo peor, en domingo... y en lunes y en martes. De regreso pasamos a tres farmacias, al preguntar en el mostrador me miraban con cara de interrogación y no, no había ningún tipo de vacuna disponible, así que sólo compré alcohol y algodón. Supuse que eso bastaría por el momento, pero Liz me hizo entrar en razón y empecé a *frikearme*: el perro no tenía dueño, no sabíamos si estaba vacunado, era posible que no, y si venía del monte podía transmitirme cualquier cantidad de infecciones que portara en el hocico. Entonces pude imaginar algún virus viajando en mis venas a toda velocidad.

**EMPECÉ A BUSCAR EN** Google y a llamar por teléfono a clínicas, hospitales y

farmacias de Naucalpan, Atizapán y Tlalnepantla para saber dónde me podían vacunar o vender la vacuna. Fue como caer en una espiral de ignorancia, mía y de las personas con las que conseguí hablar. De unas veinte llamadas sólo en tres sitios me contestaron. Nadie sabía qué vacuna tenían que ponerme, incluso me recomendaron llamar a los antirrábicos y preguntar si ahí me la podían poner. "Pero si no soy perro", repliqué, "se necesita otra vacuna". Toda la tarde estuve pegado al buscador y al teléfono marcando sin tener resultados. Cerrado porque era domingo. Le llamé al médico general que me suele atender y sólo me dijo que desinfectara la herida y fuera a mi centro de salud más cercano a que me vacunaran. Le llamé a otro doctor que me recomendaron y me dijo exactamente lo mismo. Marqué a todos los centros de salud y clínicas del IMSS de los tres municipios que encontré en línea, en ninguno contestaron o se escuchaba la grabación: "el número que usted marcó no existe". En urgencias de clínicas y hospitales ni siquiera contestaron. En dos hospitales de cinco estrellas a los que logré comunicarme sólo dijeron que llamara el lunes, a ver si tenían vacunas porque el laboratorio estaba cerrado. "Oiga, pero mañana a lo mejor ya estoy enrabiado o muerto", dije muy sarcástico. "Pues sí", dijo con total frialdad la voz al otro lado de la línea. Entonces Liz le llamó a un amigo, el veterinario que atiende a sus perros, el único que me indicó lavar la herida con jabón Zote y aplicar una curación con Microdacyn y una gasa. Así es, el veterinario me dio mejores instrucciones para tratar la herida. También me indicó ir al centro de salud que me tocaba. Ya era de noche y después de cenar pasamos a la farmacia para armar la curación. El lunes buscaría el centro de salud, a esa hora lo único que quedaba por hacer era la curación que Liz me aplicó antes de dormir.

Pero el lunes tenía que ir sí o sí a una junta presencial en la agencia que estaba en Lomas Virreyes. Fui a una de esas juntas que pudo ser una videollamada o un correo, esperando encontrar la vacuna en la Ciudad de México porque

“EMPECÉ A PONERME NERVIOSO, SEGURO DE QUE EL VIRUS AHORA SÍ FLUÍA EN MI TORRENTE SANGUÍNEO A TODA VELOCIDAD, INFECTANDO TODO, Y DE QUE EN LA NOCHE ME IBA A TRANSFORMAR EN EL HOMBRE PERRO DE NAUCALPAN.”

en el Estado ni de broma. Pasé a dos clínicas del IMSS cercanas, eran de especialidades y no vacunaban ni lograban decir en dónde. Volví a agotar las posibilidades en Google, entonces supe que necesitaba una inyección de acción rápida (inmunoglobulina antirrábica). Ahora sí me contestaban el teléfono, pero nadie la tenía. En ninguna clínica privada del Estado de México ni de la Ciudad de México a las que marqué la tenían disponible. Lo peor es que cada vez que me contestaban tenía que contar la historia del perro. “¿Usted vio morir al perro de rabia?” No. “Entonces no es necesario vacunarse.”

**REGRESÉ A MI DEPARTAMENTO** en la tarde. Saqué la lista de todos los centros de salud a la redonda (estaba seguro de que en el que me correspondía no la iban a tener) y pedí un taxi. Le pedí al conductor que me llevara al centro de salud que me correspondía, el que está en Avenida José María Morelos 112, en el centro de Naucalpan, el municipio más inseguro del país. Ya habían pasado más de 24 horas de la mordida y la herida tampoco pintaba bien porque se ponía roja, azul, morada y dolía. Empecé a sugestionarme, por fortuna el taxista me hizo la conversación. También le conté la historia del perro y me dijo que a él le sucedió algo parecido cuando pisó un clavo oxidado descalzo, se tardó más de dos días en conseguir la vacuna del tétanos. “Creo que es la misma vacuna”, comentó en su cháchara. Pasamos a mi centro de salud y me esperó afuera. Tenía que explicar el motivo para registrarme y pasar a formarme a la sala de vacunación, atestada de personas que iban por las vacunas de la influenza y el covid. A todas las bateaban, en plena campaña de vacunación y las vacunas no llegaban. Así que enviaban a todo el mundo a su casa, que volvieran la próxima semana. Y se vació la sala. Cuando me tocó turno volví a contar la historia del perro, era el único que no iba por influenza o covid. Pero, como lo temía, tampoco la tenían. Al salir le pedí al taxista que me llevara al siguiente centro de salud a unos veinte minutos: ocurrió lo mismo, no había vacunas, de ninguna. A todos nos rechazaban a la voz de *regrese la próxima semana*. Y yo pensaba que en una semana me iban a tener que amputar el pie o algo así. Atardecía y empezaba a sentirme enrabado, en todo el lunes no había conseguido la vacuna. Aunque tratara de mantener la calma empecé a ponerme nervioso, seguro de que el virus ahora sí fluía en mi torrente sanguíneo a toda velocidad, infectando todo, y de que en la noche me iba a transformar en el Hombre Perro de Naucalpan. Entonces me hice la pregunta inevitable: ¿y si no encuentro la vacuna y en serio me pongo mal? Le pregunté al taxista si

podíamos continuar la búsqueda el martes a las nueve de la mañana, se solidarizó y me dijo que sí, seguro de que la íbamos a encontrar.

**FUE UNA DE LAS NOCHES** más largas e inquietas que he tenido, la mordida me punzaba y la seguía desinfectando como me indicó el veterinario. Me sentía incómodo, imaginé todo tipo de cosas y me tomé la temperatura por si acaso. También avisé en el trabajo que estaría ausente, en un correo informé a todos de la situación. Cuarenta y ocho horas después, el barquero y yo emprendimos la cacería de la vacuna. Llegamos a otro centro de salud, cumplí con el protocolo lleno de esperanza, y salí más enrabado porque no tenían vacunas. El taxista me tranquilizaba, un tipo empático con el que entablé contacto para futuros viajes. La esperanza era inútil, pero él tenía fe en que la íbamos a encontrar y supongo que eso ayudó del algún modo porque fue en el cuarto centro de salud, en el corazón del Molinito, donde finalmente encontré la dichosa vacuna. Respiré aliviado. A diferencia de la mayoría de las personas con las que había tratado, la doctora que me atendió era muy amable. Me pidió ver la mordida. Me hizo algunas preguntas, le conté la historia y en conclusión era un perro silvestre. Ella fue la que me explicó que en estos casos se pone la vacuna del tétanos. Vaya, el taxista sabía más que el personal de clínicas y hospitales que contestaban los teléfonos. En casos más severos, me aclaró, mordeduras en la cara o cuello, o que el animal haya muerto de rabia, entonces se pedía una vacuna que requiere autorización y se despacha en Toluca. Me pidió mi cartilla de vacunación. Seguramente estaba en la casa de mi mamá, pero le aseguré que tenía todas las vacunas



Fuente > Ciencia MX

oficiales, incluidas las tres del covid. Arrancó una hoja de su cuaderno, mientras me explicaba que el refuerzo de todas las vacunas era importante a lo largo de la vida, y armó un mini programa de vacunación contra la mordedura en tres episodios. Por fin sacó la vacuna y me aplicó en el hombro derecho la primera. Me indicó que volviera en un mes para la segunda inyección y listo, la pesadilla terminaba para mí.

**NO SENTÍ NINGÚN EFECTO** colateral después de la vacuna, lo único que me dio el piquete fue tranquilidad porque al fin eliminé la idea de un virus circulando por mis venas. En diciembre le llamé a mi barquero, nos hicimos compas de inyección, y me llevó de regreso con la doctora maternal para la segunda dosis. ¿Y qué creen? En plena temporada invernal, con las infecciones respiratorias a tope, no había vacunas de influenza ni covid. Con todo y la flamante megafarmacia, que sólo ha surtido 341 recetas desde su creación, y después de leer encabezados como: “Admiten 45 millones de recetas sin surtir” o “Vacunación en México: Gobierno dejó a 6 millones de niños sin vacunas”, estoy casi seguro de que tampoco habrá vacunas el próximo noviembre que regrese al refuerzo anual. La verdad es que tuve suerte pero, por lo que veo, millones no la han tenido ni la tendrán en un sistema de salud que nunca fue como el de Dinamarca, y mucho menos pueden pagar los precios de las vacunas en las farmacias. Después de que a mi mamá le diera herpes zóster en febrero de este año, logré encontrar la vacuna: tres mil ochocientos pesos en una piadosa farmacia con nombre de santo.

Algunas personas con las que he platicado primero la emprenden contra el can que posiblemente fue abandonado: *pinche perro culero*. Pero no, la naturaleza qué responsabilidad, pinche sistema de salud culero que no te puede atender ni ofrecer lo básico y te condena a emprender este tipo de odiseas hasta encontrar un medicamento o una vacuna. O a morirte. El Sistema Nacional de Vigilancia Epidemiológica (SINAVE) informó que en 2023 tres niños en Oaxaca contrajeron rabia por mordeduras de murciélago, dos de ellos murieron. En 2024 van dos casos: en febrero, en Cancún, un hombre de sesenta y siete años que rescataba gatos fue mordido por uno infectado. Al sentirse mal *fue a la Cruz Roja y a cuatro consultorios privados* y, sin embargo, murió. En abril, un niño en Michoacán fue mordido por un murciélago infectado mientras dormía. Cuando lo pudieron atender era demasiado tarde y murió. Inverosímil que hoy mueran personas de rabia, después de ser atendidas hasta en cuatro consultorios privados.

La mordida tardó en sanar casi dos meses y quedó la huella, era más profunda de lo que parecía. A veces molestaba porque era a la altura del tenis, recordándome el encuentro con la naturaleza y nuestro circo de la salud. Lo que no creo que vaya a sanar es eso, la salud en México, sino todo lo contrario. El canijo me dejó su marca y una buena lección: que no te muerda un perro en domingo. ☑

García Gutiérrez reseña la nueva novela del escritor e historiador José Mariano Leyva, *Lo que los monstruos nos hicieron*, un thriller ambientado a principios del siglo XX que describe la atmósfera científica y cultural de la época, con los alcances de la medicina en ese momento, los experimentos de la psiquiatría y el estudio de la locura; los espiritistas y sus teorías extravagantes; las prácticas de la frenología; así como el papel de los científicos e intelectuales durante el Porfiriato.

# EL DECADENTISMO EN JOSÉ MARIANO LEYVA

JOSÉ FILADELFO GARCÍA GUTIÉRREZ

@JoseFiladelfo\_

Decaer implica deteriorarse, y lo decadente exhibe el deterioro en pleno proceso. Sin embargo, el arte decadente decimonónico (particularmente el literario) que buscaba, a decir de José Juan Tablada, “el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes” para acceder a un estado “suprasensible”, asumió con frenético descaro el contrasentido: alcanzar lo sublime en medio de la enfermedad, la violencia, los excesos, y los variados claroscuros que, bajo el escándalo, conviven en una interioridad laica (pero con devoción por la trascendencia) y científicamente asediada (por imponente, esquemática, y que enfrentó la experimentación sensible a todo indicio metafísico, Dios incluido).

Sobre estos refinamientos decadentes trata la novela *Lo que los monstruos nos hicieron* de José Mariano Leyva. El terrible asesinato de una mujer en la Ciudad de México de 1901 conduce al detective y conferencista Servando de Lizardi, euclidiano y soberbio positivista, a descubrir el rostro del infame asesino. Lizardi tiene el apoyo de una niña que fue el único testigo pero a la que, traumatizada, se le dificulta expresarse. La arrogancia científica de Lizardi convive con el desconcierto que le generan las pistas dejadas por el asesino: fotografías de la tortura sufrida y el libro *Del asesinato considerado como una de las bellas artes* (1827), del inglés Thomas de Quincey. El desconcierto conducirá a Lizardi (frenólogo convencido) a explorar disciplinas que, para la mentalidad científica de principios del siglo XX, eran adversas al dato duro del método experimental: la psiquiatría y el arte decadente mexicano.

**LIZARDI ACUDE EN BUSCA** de consejo a su mentor, un eminente médico que trabaja con rayos X, pero también y de mala gana a un psiquiatra (de padre espiritista) y un escritor decadente, enemigos vocacionales que, conforme avanzan sus investigaciones, se vuelven recursos periciales (para la

hermenéutica del crimen) impresionables, pero también grandes amigos, sobre todo cuando Lizardi termina *trabajando* en un circo de Coyoacán. El asesinato de la mujer no fue una experiencia bella (al modo que plantearía De Quincey), sino un experimento científico. Para Leyva, la ciencia del recién superado siglo XIX adolece aún de imaginación (o superstición) y crueldad. Lo que termina por salvar a las víctimas es la visión humanista de la pedagogía y la psicología, sugerentes novedades del siglo. Leyva añade a su obra una especie de apéndice que fundamenta históricamente los lugares y modos de pensar de una época. El *apéndice* es, también, una marca personal, y no literaria, que advierte, con discreción, un diálogo de más de quince años entre el autor y la historia cultural del Porfiriato.

El diálogo inaugural fue *El ocaso de los espíritus. El espiritismo en México en el siglo XIX* (2005). Bien documentado y que, además de recordar la afición que demostraron escritores mexicanos como Alberto Leduc (decadente) y Pedro Castera, analiza la misión teórica del espiritismo: demostrar científicamente, mediante la electricidad y el magnetismo (novedades decimonónicas), la existencia de inteligencias parlantes. Su misión fue edificar moralmente el mundo, con la asesoría de los muertos, particularmente ilustres, como San Agustín. Esta visión recibió la crítica severa de la Iglesia y de los propios científicos positivos, y de este modo es que tal vez el psiquiatra humanista Rogelio Campuzano de la novela, se mantuvo suspicaz cuando su padre espírita lo llevó a una sesión.

En 2013 Leyva publicó *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, un estudio exhaustivo sobre el desasosiego y el tedio de los artistas decadentes de finales del siglo XIX, enfrentados al contexto frío e imparable de la ciencia, ausente de trascendencia y materialmente prometedor, pero desoladora.

“LEYVA AÑADE A SU OBRA UNA ESPECIE DE APÉNDICE QUE FUNDAMENTA HISTÓRICAMENTE LOS LUGARES Y MODOS DE PENSAR DE UNA ÉPOCA.”

Los resultados estéticos de este grupo fueron lúgubres, grotescos o sádicos. La postura decadente fue social y deliberadamente controvertida, al grado en que figuras como Ateneo Monroy (para México) y Pompeyo Gener (para España), consideraron esta literatura como la evidencia de una patología mental. En tal contexto es que puede entenderse la reacción arrogante y escandalizada del detective Lizardi.

LEYVA, desde 2005, ha incursionado en el estudio de las formas de pensamiento en torno a la cultura (arte y ciencia, sobre todo) del último cuarto del siglo XIX mexicano, y lo ha hecho desde la historia y de la creación literaria que, desde su visión, no deja de ser también un documento histórico. La diferencia entre la *totalidad* urbana de una época, reconstruida en *Panorama mexicano. 1890-1910* por el más recalcitrante y comprometido de los decadentes, Ciro B. Ceballos (*Cirobé*, muy citado por el autor), y la *totalidad* urbana y de ideas, hecha por él, estriba en lo que T.S. Eliot indicó sobre cierto privilegio que el presente tiene sobre el pasado, ya que el primero tiene un conocimiento tal del segundo, “como no puede acreditarlos el conocimiento que el pasado tiene de sí mismo”. Leyva ha aplicado una virtud de este privilegio: acceder a las fuentes que permitan construir una *totalidad* de ese pasado más integral, y no precisamente desde la visión tan fragmentaria, como natural, de ser juez y parte de una época. Acaso José Mariano Leyva sea nuestro *Cirobé* decimonónico, pero desde este primer cuarto del siglo XXI. □



EL CORRIDO DEL  
ETERNO RETORNO

POR **CARLOS VELÁZQUEZ**

@Charlyfornicio

45 GRADOS,  
UN CHINGO  
DE CERVEZA Y SIN AIRE  
ACONDICIONADO

**S**er norteño sale caro. Esta es la historia de un hombre que enloquece todos los días por enfrentarse al calor.

Existen personas con complejo de lagartija de *National Geographic*. Seres que son capaces de caminar sobre brasas ardientes, dormir sobre un comal o tragar mole sin sentir agruras. Malditos faquires de vitrina. Los odio. Los envidia. Los odio y los envidia. En mis cuarenta y seis años de vivir en el desierto no he podido ser *team calor*.

Cada año es lo mismo: un deshidratarse de oquis, empapar de sudor hasta el asiento del carro, volverse irascible como octogenario con dolor de próstata, gastar una pequeña fortuna en electrolit que no quitan la sed nomás empalagan. Ya sabe uno la que le espera. Sin embargo, este 2024 le han soltado más la correa al diablo. En Towers alcanzamos los cuarenta y cinco grados a la sombra y se ha desatado una epidemia de escasez de hielo que duele como la ley seca misma.

**BAJO ESTAS INCLEMENCIAS** no existe nada *pior* que quedarse sin aire acondicionado. Y eso fue lo que le ocurrió a éste, su redactor de confianza.

Hace un par de años relaté, en este mismo espacio, mi búsqueda del Santo Grial de los aparatos de aire. La providencia fue indulgente conmigo y lo encontré. Un artefacto con una hélice del tamaño de un disco de arado que se chupaba 3 mil pesos de luz al bimestre. Pensé que nunca volvería a padecer calor. Pero la vida siempre dispuesta a darme de guamazos me demostró lo contrario.

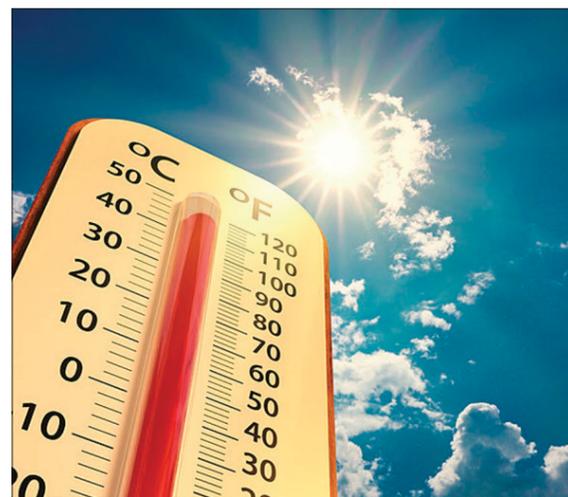
Los tinacos que surten el agua de mi edificio están en el techo. Y pa completarla son negros. Les pega el sol todo el pinche día. Ya no necesitamos hervir agua para café. Basta abrir el grifo y llenar una taza para que se disuelva a la velocidad de la ignominia. Lo hemos comprobado. Dicha agua entra en el aparato de aire y moja el celdek. El aire que sale de los ductos es del mismo calibre que el aliento de Satanás. El departamento agarra la consistencia de un auténtico temazcal. Veinte mil pesos gastados a lo lelo.

Desde diciembre pasado lo guaché venir. Pero no me quedé en la cantina a esperar a fingir demencia, como el chapulín de la fábula de La hormiga y la cigarra. Mi perro y yo dimos largos paseos en busca de un lugar para rentar. Me bajoneaba tener que renunciar al depa. Lo he empollado durante doce navidades. Desde *El karma de vivir al norte* todos mis libros los he escrito aquí, incluida la mitad del *El menonita zen*, la otra micha la urdí en Coyoacatlán.

**SOBRE MÍ PESA UNA MALDICIÓN.** Soy basura del centro. Me resisto a salir del primer cuadro de la ciudad. Misteriosamente no encontré nada que se ajustara a mis necesidades. El tiempo pasaba y la época de calor se aproximaba a la velocidad de la angustia. La solución, lo sé ahora, estaba ahí, pero me negaba a reconocerla. No existe nada menos punk que un minisplit. La pesadilla del aire acondicionado. El símbolo del aburguesamiento rampante. Si la gente de los barrios bravos aguanta sin minisplit, yo también puedo, me he repetido como un mantra y he seguido adelante. Como lo hacen aquellos que no se pueden permitir una comida en Rosetta.

De sopetón llegó el mes de abril y el termómetro comenzó a hincharse con lujuria. Encargué a mi perro en casa de la mamá de mi hija y empecé a peregrinar por los sofás de mis amigos con aire acondicionado. Conciliar el sueño en mi depa era imposible. Bastaba con acostarme cinco segundos sobre el colchón para sentirme una gordita de chicharrón prensado sobre el comal. Durante el día recalaba en la cantina. Desde las doce del día, antes incluso que abriera al público, ya estaba acomodado bajo las mieles del aparato de aire. Entraba a los cajeros sin necesidad de retirar dinero, visitaba los Oxxo sin comprar nada. Así como otros chupan wifi de donde se pueda,

“TE MIENTEN.  
JUEGAN CON TU  
MENTE. CON TUS  
SENTIMIENTOS.  
Y CON TU  
TRANQUILIDAD.”



Fuente > KGAB

yo me refrescaba en los lugares que tuvieran aparatos prendidos a veinte grados.

Y así hubiera podido pasar todo el verano, hasta mediados de septiembre. Como una versión actualizada de *El nadador* de Cheever. Yendo de piscina en piscina de aire acondicionado. Entonces ocurrió lo del Jersey. El aparato de aire en casa de la mamá de mi hija se despedoró y al perro le quiso dar un golpe de calor. Vomité y estuve débil, echado toda una tarde, sin ganas de nada. Cuánto calor puede aguantar un punk, me pregunté. Pero el perro qué culpa tiene. Mi alcoholismo, de por sí entusiasta, estaba siendo exacerbado por mis visitas diarias a la cantina. Así que la mejor solución, para el perro, para mi hígado y para mis amigos, era que pusiera un minisplit en mi cuarto.

**COMENZÓ UNA NUEVA DANZA.** Una tan horrible como el calor mismo que me aquejaba. No existe persona más irresponsable que un técnico del aire. Te mienten. Juegan con tu mente. Con tus sentimientos. Y con tu tranquilidad. Ojalá en el infierno haya un nivel reservado para ellos. Orita sí muy nalguitas, te cobran lo que quieran. Orita sí, son los reyes. Los más solicitados. Pero ya nos veremos en enero, culeis. Cuando anden tocándome la puerta para preguntarme si no tengo un trabajito que darles. Que si me barren la banqueta. Que si me lavan el carro.

Hablé con cuatro y los cuatro me dieron presupuestos distintos. Un desmadre. El primero quería que nos colgáramos de afuera directamente. Tas loco, bato, le dije, me agarra CFE y me cae la voladora. A mi amigo la Tóxica lo agarraron con un diablito y pagó 80 mil pesos de multa. Y eso ya con descuento. Uno dijo que debía subir un cable desde el medidor hasta mi depa. Traducción: cuatro pisos. Más traducción: un dineral. Más carísimo que una Mac nueva. Más aparte el minisplit. Mejor me mato. Y así acabamos rápido con este cablerío.

Una vez más, sé que no lo merezco, pero mi perro sí, fui salvado por la mano del destino. Me topé con un morro que toca la trompeta en un conjunto de cumbia que además sabe instalar minisplits. Resultó que teníamos conocidos en común. Sólo para venir a hacer un “diagnóstico” se tardó quince días. Y una semana más en venir. Me plantó varias veces. Pero en cuanto vino no paró hasta terminar el trabajo. Tuve que lisonjearlo con caguamas y hamburguesas al carbón. Al final hasta un ejemplar de *Mantén la música maldita* me bajó. Pero por fin se ha cumplido mi sueño drogado. Dormir cobijado como si estuviera en un hotel cuatro estrellas.

Tardé mes y medio en concretar la bendita instalación. Hemos arrancado junio con pingüinos correteando por el cuarto. Ahora estamos aquí embutidos mi hija, mi perro y yo. Y no salimos más que para ir al baño. Este verano, como ninguno, me ha hecho plantearme más en serio que nunca largarme a vivir a otra ciudad. Algo que no consiguió ni la guerra *vs.* el narco. Quizá sea el calor el que me haga correr de una vez por todas. 📺